

un organismo oficial y que iba a causar muy mal efecto sobre su propia credibilidad el que no revisase aquella decisión. Aparicio, que parecía no salir de su asombro ante quien le hablaba como si se creyese en un país democrático, y que no sabía si atribuir a mi ignorancia o a mi audacia lo que tan calculadamente le estaba diciendo, me tendió entonces una trampa: la revista seguiría publicándose a condición de que la pasase en adelante por la censura y de que colaborase en las revistas literarias subvencionadas por el Gobierno. No hice lo uno ni lo otro pero *Deucalión* siguió publicándose hasta que, en 1953, recibí la carta de que he hablado al principio.

Vicente Aleixandre era, de entre los poetas del 27 que no se habían exiliado, el que mantenía una posición de más clara y coherente oposición al régimen y, además, el que estaba realizando una obra más acorde, tanto ideológica como estilísticamente, con aquellos difíciles años. De ahí que su poema "Epitafio" fuese el que abrió el cauce de *Deucalión*. Aleixandre, siempre en contacto epistolar con los poetas del exilio, no tardó en convertirse en faro de la nueva poesía española y tanto los jóvenes poetas que le trataban con asiduidad como los que, por diferentes razones, frecuentábamos menos su trato, sentíamos que era nuestro amigo, cuando no nuestro mentor, y que podíamos contar siempre con su consejo y con su total y estimulante entrega a la poesía. Años más tarde, cuando ya me encontraba enseñando en Puerto Rico, la *Revista de Letras* del Recinto Universitario de Mayagüez, que dirigía Pilar Gómez Bedate, dedicó un número monográfico, que apareció en junio de 1974, a Aleixandre y a su obra, cuyos principales destinatarios eran los académicos suecos que habían de otorgarle el Premio Nobel de Literatura. Fue una demostración más de cómo los demócratas españoles de dentro y de fuera de España coordinábamos nuestras actividades intelectuales.

Gerardo Diego, parte de cuya poesía es de claro carácter vanguardista, me dio dos sonetos llenos de atrevidas imágenes y de sugerentes aliteraciones que, a su manera, resultaban, con toda seguridad sin que él se lo hubiera propuesto, muy afines a la estética postista. Pasado algún tiempo, Gerardo, que había conocido la poesía de Juan Alcaide en las páginas de *Deucalión*, se interesó tanto por ella que quiso conocer toda la que había sido publicada y, como quiera que Alcaide había muerto, fui yo quien le proporcionó una colección completa de sus libros. Del estudio de dichos libros fueron fruto varios artículos de Gerardo aparecidos en la prensa de Madrid y una serie de conferencias sobre el poeta de Valdepeñas pronunciadas durante uno de sus viajes por América del Sur.

Los originales de Lorca y de Alberti formaban parte del archivo de Gregorio Prieto, quien me dijo al prestármelos que Rafael le había regalado varios de sus dibujos el día que decidió dejar sus estudios de pintura para dedicarse exclusivamente a la poesía. Algunos de ellos se le habían extraviado a consecuencia de sus muchos viajes pero, afortunadamente, conservaba todavía unos cuantos.

La generación del 36 está representada en el número 1 de *Deucalión* por Juan Alcaide, Luis Felipe Vivanco y Federico Muelas. Federico, al que me unió una larga amistad iniciada cuando me felicitó entusiasmado por mi libro *Una lengua emerge* —que no era, según él, obra de un poeta "meapoquito" de los que entonces, en 1950, estaban de moda— era muy dado a las lecturas sobre ciencias ocultas. En las habitaciones y los pasillos de su casa tenía instalada una nutridísima biblioteca cuyos volúmenes trataban de todo lo divino y lo humano y, en sus carpetas, almacenaba una extensa producción poética que todavía no